

*IN MEMORIAM**

Impresiones de intimidad y de goce en tres poemas de Carmen Naranjo: América/Hacia tu isla/Canción de la ternura

VIRGINIA BORLOZ SOTO
Escuela de Lenguas Modernas
Universidad de Costa Rica

Resumen

Lectura interpretativa de tres poemas de Carmen Naranjo (Costa Rica, 1931-2012) con los que la escritora incursiona en el mundo de la literatura costarricense e inicia así un largo recorrido por las letras latinoamericanas. Se intenta con ello ofrecer una lectura y una percepción personal de lo que la poesía, en este caso de esta poeta en particular, puede despertar en el proceso de su recepción.

Palabras claves: poesía costarricense, iniciación, trilogía, interpretación, América, isla, ternura, recepción, inmortalidad

Abstract

This article consists of an interpretative reading of three poems from Carmen Naranjo (Costa Rica, 1931-2012). Due to these creations she introduces herself into Costa Rican literary world, and at the same time she begins a long journey through Latin American literature. The author of this article intends to present a particular reading about what Naranjo's poetry could provoke during the process of reception.

Key words: Costa Rican poetry, initiation, trilogy, interpretation, America, island, tenderness, reception, immortality

El rito de la *iniciación* se arraiga en las profundidades de la historia de la humanidad. Es el sentido verdadero del *téleutaî* que quiere decir *hacer morir* o provocar la muerte, pero se trata de una muerte concebida como liberación, como salida, como posibilidad de traspasar barreras, más allá de las cuales se encuentra una salida y después de ésta, una entrada. Iniciar es *introducir*.

* La escritora y ex ministra de cultura falleció en el país el 4 de enero de 2012.

El iniciado traspasa *la barrera de fuego* que separa lo *profano de lo sagrado* al pasar de un mundo a otro y experimentar por este hecho una transformación; cambia de nivel y deviene diferente. Existen muchos y muy diversos rituales en relación con la muerte iniciática; todos ellos comportan procedimientos particulares y la mayoría simboliza el nacimiento de un ser nuevo.

Carmen Naranjo se inicia en la literatura con la trilogía: *América/Hacia tu isla/Canción de la ternura*; tres poemas de largo aliento después de cuya publicación confiesa haber pasado a otro nivel, haberse introducido a un nuevo mundo, haber experimentado una transformación, porque como ella misma lo expresa, escribir es “mostrar sus sentimientos, es como desnudarse ante los demás”. La iniciación cobra entonces todo su sentido y la introducción de la novel iniciada en el mundo de la literatura representa el paso a una larga y fructífera vida de escritora. Una vida que, como la de todo ser humano, comienza sometida a los más diversos azares del destino y como *iniciada*, la descubre como un ser privilegiado. Un ser humano iluminado por la luz de su genialidad y la calidez de su corazón.

Hacer una lectura o relectura de esta trilogía, compuesta, como toda su obra, y según ella lo dijo alguna vez, *de tránsitos de palabras y silencios*, es una aventura que nos conmueve, nos interpela y despierta en nosotros lo más íntimo y gozoso de nuestro ser. Nuestras voces, lo sabemos, serán tan solo murmullos salpicados de conocimientos, matizados de imágenes y recuerdos inmersos en el privilegio que significa reencontrarnos en el tiempo y recrear su invaluable presencia pues el poema, como sabemos, no se define. Es inefable y trascendente en sí mismo, ninguna explicación logra aprehender la infinitud de su esencia. Recordemos la sencilla respuesta del poeta a la pregunta tantas veces repetida: “¿Qué es poesía? “Poesía eres tú”. De manera que es ante esa verdadera trascendencia donde nos encontramos en el caso de quienes, como Carmen, han experimentado el rito de *la iniciación* pues su *inmortalidad* no surge después de la muerte, no corresponde a la condición *post mortem* sino que se forma con el tiempo y es el fruto de la muerte iniciática. Y es por esta razón también que la trilogía que nos ocupa, reviste una especial importancia.

América/Hacia tu Isla/Canción de la ternura nos hablan de la tierra que la vio nacer, de la isla origen de sus ancestros y de la ternura que anida en su corazón. América es la tierra de muchos seres humanos; de una isla o hacia una isla van y vienen muchas personas; una gran mayoría de los seres que pueblan la tierra anidan ternura en su corazón; pero Carmen Naranjo se apropia de la palabra, del color, del sonido, de la imagen; de sabores, sensaciones, sentimientos y emociones, para transformarlos en armonía de voces cuyo eco nos alcanza y nos conmueve.

Después de la lectura de estos poemas, algo en nosotros ha cambiado. En adelante, América no será más tan solo el Continente pobre, el del Sur, el de abajo, el denigrado y el desposeído. Ahora escuchamos el tam-tam de sus tambores, el estruendo de sus imponentes ríos, las diferentes tonalidades de la diversidad de sus aves, los rugidos de bestias feroces internándose en impresionantes parajes selváticos poseedores de las más ricas y exuberantes tonalidades de verde. Nos llega también el rumor de sus batallas, hambres, fríos, luchas, dolores y sufrimientos; y

nos convertimos con la autora en ese *ser que viene para ir/ desde las preguntas insondables* (v:498,499). Entonces también nos preguntamos irremediabilmente sobre lo que fue y sobre lo que será de nuestros Incas, Mayas, Bribris o Nahuatls.

América marca el ritmo y el sentido del que se irán impregnando una a una sus palabras. Y no es difícil, entonces, visualizar a los *yaraví* o indios quechua de la América Meridional, entonando sus dulces y melancólicos cantos acompañados de *quenás*, sus inseparables flautas o caramillos. Así, el destino de América queda, desde el principio, enunciado en su poema: *Yo vengo a hablar de América/Con el eco de las quenás tristes/yéndose en el viento* (v:1,2,3).

La poeta dibuja claramente la silueta del Continente de sus desvelos. Al lado de descripciones de exuberancia, verdor, rugido de mar y emociones encontradas, señala el dolor de ser y de existir cuando es la soledad la que acompaña los *camino largos* salpicados de *ahogo y de pobreza*. Pero el reconocimiento desgarrante de su propia identidad que le escupe a la cara la paradoja de sus orígenes, no obnubila su entendimiento. Su canto a América se yergue firme: *Con el sentimiento sanguíneo/en vuelcos de corazón/de todo lo primitivo/que cruza mi tierra y tu tierra/la casa triste de mis abuelos* (v: 38-42). Y su canto es afirmación de esperanza, de arraigo en lo que le es propio, de reafirmación de su sangre mestiza y se declara *floreciendo para ser/la mejor historia de mi pensamiento* (v: 60,61). La aeda de América es consciente de la sangre derramada, pero no se detiene en diferenciar inútilmente el color con que se tiñen los campos después de las batallas y no vacila en proclamar que: *los hombres de esa sangre no mueren/españoles, indios mestizos/todos americanos de ayer/Así, como hermanos/Así quedaron las razas vencidas* (v: 90, 91, 92,108, 248). Desde sus pasos más tempraneros pero jamás vacilantes, lanza al mundo la idea de la urgencia que tiene la humanidad de mirarse como hermana, sin distinciones de razas ni colores.

Con impresionante lucidez se define heredera de ese *río desbocado*, de esas venas abiertas por las que fluyen sin cesar tantos y tantos muertos. Su grito nos cala en lo más profundo de nuestro ser y lloramos con ella, nos desgarramos con ella y nos sentimos compelidos a repetir con ella: *de esos muertos yo vengo/y con inmensa tristeza hablo de América* (v: 270, 271). Pero magistralmente, el poema está concebido desde la más simple perspectiva formal de manera tripartita, con un “del principio”, un “del medio” y un “del final”.

Nos adentramos así en ese espacio intermedio de la autora que con prodigioso álitio nos conduce por los más íntimos recodos de su infancia y descubrimos con ella su *mundo de rosas, de bondad, de sol, de lluvia*. Aprendemos con ella y nos sentimos como ella persuadidos de que: *cuando algo tiene un camino/tan hondo en el alma/y en la carne interior/no se dificulta el paso* (v: 361-365) y a esta altura del poema tomamos conciencia de la simbiosis que se produce entre la voz lírica de Carmen y nuestra propia voz que repite al unísono *Yo soy un ser que viene/y va hacia algo/Si, yo soy un ser que va/nada me puede atar/porque tengo metas* (v: 388, 389-401, 402, 403).

Al fijarnos metas, nos estamos reconociendo como seres pensantes, inquietos, curiosos y con capacidad de asombro inagotable que nos permite sumergirnos

en aguas profundas de imaginación creadora. La invitación de Carmen desde el Infinito, nos sacude y nos impele a reinventarnos. Sentimos su presencia y logramos aprehender la luz que irradia su palabra certera. Los recuerdos se agolpan en nuestra mente, el corazón se hincha de emociones profundas y el eco incansable de su voz se confunde con el nuestro para clamar por los siglos de los siglos: ***Yo soy un ser que viene para ir/desde las preguntas insondables/frente a un desfile humano de seres/imaginativos, febriles y sufrientes/que parecen contestar “todo es posible”*** (v: 498-502).

Asistimos en este punto culminante del encuentro, a la revelación suprema de la recién iniciada en el mundo de las letras, a su confesión imperativa y transparente de la importancia imperecedera de la palabra: ***Sí, la palabra con sentimiento/con origen y destino/que vive hoy con pasión creadora/y se queda para siempre por sobre todos los ecos*** (v: 527-530). La palabra como instrumento de creación que se convertirá para la autora en arma milagrosa de deleite y esparcimiento, de lucha y de combate, de iluminación y belleza, de denuncia y de compromiso, de alegría y de tristeza, de fe, de desesperanza, de ilusión y de desengaño. La palabra que con Carmen jugará con el asombro, con la dicha y la desdicha, con el amor, la música, el color, la luz, la lluvia y el viento para llegar hasta el sol, para bailar con la luna y en medio de un cielo estrellado, susurrar en el oído de los astros sorprendidos, en múltiples sonoridades con armonioso desdén ***yo vengo del amor porque el amor viene y va*** (v: 596).

Carmen Naranjo termina su canto a América invitándonos abiertamente a recorrer con ella el camino, a reconocernos como auténticos hijos de esta tierra, a no olvidar nuestros orígenes y a defender nuestra identidad: ***ven tú y ven conmigo...ven con los tuyos/Vuélvete a ver adentro/con los ojos de la fe/yo nos verás haciendo un camino para ti*** (v: 797-800) y con ello, deja desgarradoramente cimentadas con su propia sangre las bases de una afirmación de la que nunca más podríamos confesarnos indiferentes: ***América es algo más que una silueta en el mapa/América es un corazón solitario/América es un camino humano/donde todavía lucha un hombre por la libertad*** (v: 801,802-806,807).

Hacia tu isla

En este poema, la dedicatoria nos devela el sentimiento que mueve a la escritora y casi de inmediato, descubrimos, un tanto a la manera de Jorge Manrique con su “Copla por la muerte de mi padre”, que también aquí la poeta canta la muerte de su padre y nos anuncia su propio viaje; un viaje en el que, al contrario de Ulises que se abre al mundo exterior y se hace a la mar para cumplir su odisea, ella cierra las puertas a ese mundo exterior, se refugia en la oscuridad y se abre a su mundo interior en un tiempo sin tiempo, iluminada por la presencia-ausencia de ese ser especial al que recupera en sus recuerdos. Emprende su periplo a recónditos espacios perdidos en su prodigiosa memoria y se deja encantar también como los argonautas por los más insólitos sonidos que llegan en alternancias de

pasos cortos sobre pasos largos, de voces severas, de fantasías sufrientes y galopes de soledades (v:10, 13, 17). Reconstruye con sutil delicadeza imágenes que nos hablan del origen, de lo que quedó atrás, de rugidos de cañones, del dolor del exilio; de sueños, de esperanzas, de gustos, de preferencias y reconoce con íntima satisfacción que ***la vida era simple para ti/un amor, un gesto cordial/estar tranquilo entre las cosas justas*** (v:75,76,77). A esta altura del poema, Carmen comparte con nosotros apreciaciones de su padre que posiblemente solo ella fue capaz de percibir y su diálogo se torna íntimo; y también nosotros nos acercamos más a él y descubrimos con ella la fuente de la que se nutre en parte su pensamiento. Reconocemos entonces de dónde procede su gusto por la soledad, su capacidad de dialogar consigo misma, la necesidad de tener lucidez de conciencia y el amor por la palabra: ***Ah cómo te gustaron las palabras!/Hay algo de mi sombra en tu sombra/hay algo de tu sueño en mi sueño/hay algo de tu frío en mi invierno*** (v:212, 216,217,218).

Y es así como constatamos que la nostalgia fructífera, la procreadora, la que se transforma en voces que desgarran y florecen, en la autora es ***marea interna que busca canciones/pliegues de carne dolida y doliente*** (v:317,318) y a la manera de Proust, recuperamos con ella el tiempo perdido para repetir también con ella ***tu recuerdo se hace canción/en el runrun de los niños de siempre/de tu infancia y de la mía*** (v:361-363). Un pedazo de nosotros se va con su padre, se va con el nuestro, con el padre tuyo y con el padre mío y comprendemos que, casi sin darnos cuenta, el viaje emprendido por la autora es también nuestro propio viaje en el que ***la infancia quedó rota*** (v:418).

Canción de la ternura

Desde el génesis hasta nuestros días, desde las primeras manifestaciones prehistóricas hasta los más modernos adelantos de la historia de la humanidad, la ***simbiosis*** que se opera entre las diversas ***díadas*** que han marcado el curso y el transcurso de las especies vivientes en nuestro planeta, ha sido y será siempre imprescindible para la supervivencia: color y movimiento, sonido y luz, punto y línea, volumen y vacío, ritmo y melodía, presencia y ausencia, pensamiento y existencia, entre tantas otras que definen en su oposición o complementariedad, la capacidad de ser y de crear.

En ***Canción de la ternura*** recuperamos en el acto mismo de su lectura, esa simbiosis armoniosa e indubitable entre diferentes díadas reveladoras y provocativas: canción y ternura, sonido y sentimiento, voz exterior y voz interior, razón y pasión, creación e intuición, belleza y armonía, creatividad y solidaridad, arte y amor, música y silencios, instante y eternidad, sueños y ensueños, signo y significación, vida y muerte. En ellas, o gracias a ellas se establece un diálogo intrínseco y recíproco que extiende a su vez inevitablemente el puente de unión entre la autora y su lector o lectora. Incursionamos con ella en lo más profundo de su mundo interior para escuchar su llamado ***desde donde nace la voz*** (v:1), esa voz que adivinamos tierna y solidaria que nos dice ***quiero hablarte para***

siempre (v:12). Y nos convertimos en su hermano, en su hermana de luchas contra el desconsuelo, el olvido, el cansancio y la muerte. Y lloramos con ella, porque como ella sabemos que *no tengo bálsamos para tu angustia* (v:127) y que inevitablemente *¡Qué callando realmente se adentra la muerte!* (v:138).

Consciente de la verdad que encierra esa dualidad inexpugnable de la vida y la muerte, recurre a la tierra y al mar como elementos concretos para expresar su desgarradora impotencia pero también para plantar el germen prolífico de su invencible esperanza *Desde la tierra, y con la tierra el mar,/del vientre siempre virgen de su génesis eterna/quiero hablarte para siempre/* (v:170,173,222). Y nos llama también *Desde la luz* (v:274), desde esa luz que no existe sin la sombra y a la que ella nos invita *para untar tu desconsuelo de mi ternura* (v:308). Desde esa luz que le da también clarividencia para intuir y anunciar desde sus primeros escritos la díada inefable hombre/mujer; *paso y puerta* el uno, la otra *mirada y ventana* (v:328,329). Y surge entonces el *hombre eterno* (v:339), ese que igual que la mujer posee la mirada y al que la poeta interpela con su deseo, *Mi deseo de ser /necesita tu mirada derribando espejos* (v:371,372), y nos queda claro a nosotros también que su *lucha torpe con la palabra/y estos golpes de amor y ternura* (v:364,365) es la misma lucha y son los mismos golpes en los que se debate la humanidad desde tiempos inmemoriales, porque el *hombre eterno* es *ser* y el *ser* no tiene sexo. La luz, en cambio, se nos ofrece a todos por igual, por eso invita *Desde la luz hermano/ con tu luz íntima/¡míranos a todos!...cose mi paso perdido/al paso eterno del hombre* (v:375,376,377,397,398).

Es así como nos percatamos de que esta **Trilogía de Iniciación** de Carmen Naranjo es la génesis en la que se incuban las ideas que nacieron con ella, conformaron su *ser* y la acompañaron sin tregua a lo largo de toda su vida. El contraste del mundo interpelándola siempre, desgarrándola en lo más recóndito de sí, obligándola a un diálogo incansable entre su yo lírico y ese “otro ser eterno”, lector o lectora potencial, procurador a su vez de inmortalidad.

Según la concepción platónica de las “Ideas”, el diálogo sugiere la inmortalidad del alma como una consecuencia de su excelencia y divinidad. Con esta **Trilogía Iniciática**, Carmen Naranjo trasciende el nivel de temporalidad en el que está inmerso su *hombre eterno*, para transformarse en *ser* inmerso en la *inmortalidad*.

Bibliografía

- Chevalier J. y Gheerbrant, A. *Dictionnaire des Symboles*. París: Ed. Robert Laffont, 1982.
- Dumézil, G. *Del mito a la novela*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- Naranjo, Carmen. *América*. San José, 1961. Fotocopia.
- . *Canción de la Ternura*, 1964. Fotocopia.
- . *Hacia tu isla*, 1966. Fotocopia.